

**TÀNIA JUSTE**

**TIEMPO  
DE  
FAMILIA**

**EMBOLSILLO**

*A mis padres, que me han enseñado a amar  
esta primera patria que es la familia.*

Mi padre sabía bien que los días más felices  
eran las vigiliás de la felicidad.

Jaume Raventós

1908

REIXACH SUBÍA POR el camino de cipreses de Can Giner dos días después de ser expulsado de las tierras. Andaba cabizbajo, los ojos negros clavados en la tierra áspera y sin verse capaz de mirar a su hijo, que caminaba a su lado. El indiano lo estaba esperando, pues habían quedado así.

–Que nadie nos moleste –ordenó Bonaventura Giner una vez el payés y el niño hubieron tomado asiento. Se fijó en los zapatos del hombre y sonrió a su abogado.

–Entonces, ¿se marcha a la ciudad? –le preguntó al payés.

–A Barcelona –respondió él sin mirarlo a los ojos.

Diez años antes se había sentado en la misma silla, en el mismo despacho, pensando que estaba cerrando un buen trato.

Bonaventura Giner deseaba zanjar el asunto lo antes posible, de modo que pidió a Comes, el abogado, que extrajera el sobre con el dinero que le tenían preparado. En un gesto grandilocuente, el indiano se lo ofreció al payés.

–Soy hombre de palabra –le dijo–. Le prometí que si recogía sus cosas en el tiempo acordado, le recompensaría.

El hijo de Reixach seguía cada uno de los movimientos de los mayores. Con unos ojos tan oscuros como la misma noche, observaba todo lo que ocurría a su alrededor. El chiquillo se fijó en lo mucho que sudaba su padre, que tenía la frente brillante de humedad y la camisa empapada.

¿Estaba temblando o solo se lo parecía a él? Entonces oyó la voz ronca que salió de su boca, como una especie de gruñido de animal.

–Usted me lo ha quitado todo –le dijo al indiano.

El abogado, por instinto, dio un paso al frente.

–Escuche, sabe muy bien que ahora las tierras pertenecen al señor Giner –le explicó.

El indiano lo fulminó con la mirada y lo hizo callar con un gesto de la mano.

–No necesito que nadie hable por mí –renegó. A continuación se dirigió al payés con un dedo en alto, a modo de advertencia–: Diez años, Reixach, le ofrecí el tiempo suficiente para que se recuperara y no ha sido capaz. Ahora lárguense de aquí, no tenemos nada más que hablar.

El payés no se movió de la silla. Sudaba cada vez más y el ambiente estaba tan cargado que el niño empezó a moverse inquieto, como atrapado en la silla, oliendo el peligro.

–Vámonos, padre –le pidió y le tiró del brazo, aunque sus ojos negros seguían clavados en ese hombre que hacía temblar a su padre.

Reixach se volvió hacia su hijo y lo miró como si lo viera por primera vez desde que entraron en el despacho. Asintió con un movimiento leve de cabeza y se levantó de la silla para dirigirse a la puerta, sin más. Justo antes de salir del despacho, se giró hacia Bonaventura Giner para despedirse con la siguiente advertencia:

–Nada es para siempre, señor. Téngalo muy presente.

1938

## *Noviembre: Caen bombas en Can Giner*

DOS BOMBAS CAYERON al mediodía, a pleno sol, mientras comían en la cocina de la masía. El comedor hacía tiempo que ya no se utilizaba, a pesar de que Ángela seguía quitándole el polvo que, poco a poco, iba acumulándose, como sucede en las estancias en las que no se hace vida. En los nuevos tiempos, en los que tantas cosas habían cambiado, señores y payeses comían juntos al calor del hogar de la cocina. Ahora no había clase ni distinción alguna a la hora de repartirse la comida: Ángela seguía sirviendo a las mujeres Giner, eso sí, pero acto seguido se sentaba con ellas en la mesa y todos juntos comían lo que la tierra todavía les daba y guardaban con celo en la despensa. Hambre no pasaban, gracias a Dios, pero la masovera recordaba la abundancia de antes de la guerra, las visitas constantes, los copiosos ágapes que celebraba la familia; todo lo que había significado Can Giner y que en ese momento parecía más bien un espejismo.

Aquel día de noviembre, Ángela había puesto la gran olla a hervir de buena mañana y la casa había ido impregnándose del rico aroma del cocido. Estaban todos sentados a la mesa, en su sitio habitual desde que la guerra empezó: la señora Mercè presidía, vestida de riguroso luto; a su derecha se sentaba Roser, la hija mayor, y a su izquierda las dos hijas menores, Margarida y Violeta; en el otro extremo de la mesa, los masoveros con sus hijos. Ángela

acababa de servir los platos humeantes. Isidre carraspeó un poco nervioso a su lado, con esa mezcla de vehemencia e incomodidad que seguía sintiendo en cada comida que compartía con las mujeres Giner. Roser estaba a punto de bendecir la mesa, bajo la atenta mirada de su madre, cuando un fuerte estallido los dejó sin habla. ¡Boom! ¡Boom! Silencio. Interrumpieron la plegaria y se miraron los unos a los otros. Les pareció que el suelo acababa de temblar bajo sus pies. Entonces, como en una especie de acuerdo tácito, se pusieron todos en pie y corrieron hacia el exterior. «¿Qué ha ocurrido? Dios mío, bombas. Han caído cerca... ¡Han explotado en Can Giner!» La luz del día les cegó la vista. Desde lo alto de la colina en que se alzaba la casa podía distinguirse casi toda la extensión de tierras, los viñedos. ¡Humo!

–¡Mirad! –Roser señaló hacia la columna de humo que se alzaba en funesta danza hacia el cielo azul.

–¡Virgen santa! –exclamó la madre mientras se llevaba una mano al pecho y se lo oprimía, tratando de calmar la angustia.

–La bodega... –murmuró Roser. Tenía la garganta seca.

Una de las bombas lanzadas desde el cielo claro había destrozado un extremo del edificio de la bodega. Violeta no se lo pensó dos veces y echó a correr colina abajo.

–¡Detente! –le gritó la señora Mercè, pero su hija menor ya descendía deprisa por la pendiente. En un susurro casi imperceptible, como si dijera una oración, la masovera oyó que le decía–: Hija..., no vayas... Están los hombres. ¡No te metas en esto!

Pero Violeta no la oía ya y corría hacia abajo con la falda recogida a un lado, atravesando la viña mayor hasta el edificio de ladrillo que su padre había construido como bodega. Roser fue detrás de ella, seguida del masovero y de su hijo Félix. En cuanto Violeta llegó a la bodega se

detuvo en seco ante la puerta, que se encontraba entrea-  
bierta. Una fuerte humareda salía por el extremo opuesto  
de la nave y, al entrar, la joven empezó a toser y tuvo que  
salir de nuevo. Fue entonces cuando Roser la agarró por  
un brazo.

–¡Por el amor de Dios, Violeta! ¿Estás bien? –La soste-  
nía por los hombros mientras miraba a ambos lados por  
si veía llegar a los hombres.

Isidre temía lo mismo, aunque, tras comprobarlo un par  
de veces, la calmó:

–No están aquí.

–Puede que estén en las viñas más alejadas –supuso  
Roser, aun sabiendo que pronto los tendrían por allí, puesto  
que el estruendo tenía que haberse oído desde todos los  
rincones de la hacienda. Entonces miró a su hermana y  
comprobó que volvía a respirar con normalidad. Se lo  
pensó unos instantes y luego les ordenó a los tres:

–Vosotros esperad aquí. Isidre, vigila a Violeta y que  
no vuelvan los hombres. Voy a entrar yo sola.

–Ni se le ocurra, señora –se opuso Isidre. Era viejo pero  
no inútil–. Entraré yo.

–De ninguna manera. –Roser se adelantó y antes de que  
el masovero pudiera replicar, ya se había metido dentro.  
Se sacó un pañuelo del bolsillo y se tapó la boca con él para  
no respirar el aire tóxico. Aquellas barricas de madera a  
ambos lados de la nave diáfana se encontraban allí desde  
antes de que ella naciera. Habían sido testigos de grandes  
momentos, habían guardado el mejor vino de cada año  
desde hacía mucho, desde que su padre e Isidre las pusie-  
ran allí al principio de todo, desde que su padre empezara  
a construir ese sueño que la guerra les había arrebatado.  
La bodega era un sitio oscuro y húmedo en el que las niñas  
Giner corrían de pequeñas... un lugar de silencio solo roto  
por los pequeños de la casa, años atrás.

–Los hombres no pueden tardar en llegar, Isidre –le dijo Violeta situándose en el umbral de la puerta. Desde allí observaba atenta cada paso que daba su hermana en el interior–. Por fuerza tienen que haber oído la explosión y el humo se ve desde todas partes.

Isidre se movía inquieto, miraba obstinadamente hacia atrás, a su alrededor, buscando un indicio de movimiento, alguna señal que le indicase que las figuras se acercaban. Tantos años entrando y saliendo de la bodega y ahora tenía miedo, para qué negarlo, de cuatro desgraciados. Félix, que se mantenía pegado a su padre, parecía un niño desorientado a pesar de su cuerpo de hombre hecho y derecho. Había divisado, desde fuera, las barricadas reventadas por la explosión y mantenía la mirada fija en el líquido que se escurría por las grietas mientras susurraba de modo mecánico:

–Se escapa, se escapa... el vino se escapa.

Un vino que ya no les pertenecía, como tampoco las tierras de toda la finca. Los anarquistas les habían quitado todo, excepto la casa. En un instante, aquella bodega construida por su padre había dejado de ser ese lugar húmedo y oscuro al impactar aquella bomba contra ella y reventar su muro lateral, además de las barricadas. La luz cegadora del mediodía entraba a raudales dejando groseramente al descubierto toda la parte destrozada.

–Venga, vámonos; nosotros ya no hacemos nada aquí –gruñó Isidre en cuanto vio salir a Roser. Por mucho que ese lugar ya no fuese de los Giner, el masovero no podía seguir contemplando el desastre ni un minuto más. Retomaron el camino hacia la casa, pero entonces oyeron las voces masculinas justo detrás de ellos. Se miraron y se apresuraron a subir la colina, pero se encontraron de frente con los hombres.

–¿Qué ha pasado? La bomba ha tocado la bodega, ¿verdad? –preguntó uno de ellos.

Roser se volvió hacia él y lo miró con desprecio, todavía con aires de señora. Ladeó la cabeza y le dijo:

–Vaya usted y compruébelo por sí mismo.

Los cuatro hombres miraron hacia la bodega y corrieron hacia allí; entraron sin vacilar, pero no tardaron en salir. El mismo que les había preguntado escupió en el suelo y renegó:

–¡Cagüendiez! ¡Vuestros amigos, los muy malnacidos!

Las chicas Giner continuaron subiendo por la colina en dirección a la casa, lentamente y en silencio, deseando que no les dijeran nada más. Cuando estuvieron a poca distancia de su madre, echaron a correr hacia ella y la abrazaron. Violeta lloraba.

–¡Madre, la bodega de padre! ¡Las barricas! ¡El vino! Todo está destrozado –dijo entre sollozos.

POR LA TARDE, llegó Bernat a contarles los detalles del ataque perpetrado por la aviación italiana, aliada de los nacionales.

–La segunda bomba ha caído en la vía del tren, que, de hecho, era su objetivo principal. Los nacionales pretenden cortarnos todas las comunicaciones. Nos costará mucho reparar los daños.

Bernat estaba sentado en un extremo de la mesa de la cocina y tenía ante sí el porrón de vino y un trozo de pan seco que iba desmenuzando poco a poco. Todos lo escuchaban con atención, unos de pie junto a él, los otros apoyados en la pared cercana al hogar.

–¿Ha habido muertos? –le preguntó Isidre.

Bernat levantó la vista de la mesa y lo miró directamente a los ojos. Cómo había envejecido Isidre en poco tiempo; cada vez que lo miraba sentía una punzada de tristeza en las entrañas; le venía a la memoria ese hombre

que fue. Cuando de niño llegó a la masía, el payés le había parecido el hombre más fuerte y capaz de todo.

–La bomba ha pillado a Siset, de Cal Gras –le informó apenado.

–¿Qué demonios hacía Siset allí a esa hora del día? –se lamentó Isidre con el rostro arrugado de rabia.

–Ay, pobre hijo... –Ángela se santiguó y trató de disimular sus lágrimas poniéndose a trajinar con las cazuelas. Y pensar que Siset tenía más o menos la misma edad que su Félix... Tan buen muchacho que había sido siempre; a él tampoco lo habían llamado a filas. Tantos años preocupada por las pocas luces de su hijo y resultó que fue precisamente eso lo que lo había librado de coger un fusil.

Le habían permitido mantenerlo a su lado, loado fuera el Señor, y ahora sufría también por tenerlo en casa. Se acordaba perfectamente de ese chico, Siset, cuando años atrás regresaba de la escuela junto a Félix y los otros niños, tan pequeños que eran entonces. Los chiquillos entraban a la cocina de la masía y con esas dulces caritas pedían agua a la masovera; cada día lo mismo y ella les daba de beber de buena gana, porque Can Giner se hallaba a medio camino entre Vilafranca y las otras masías, de modo que se había convertido en parada frecuente de niños y campesinos de camino a sus casas. Eran muchos los que rodeaban con cierta cautela la casa principal, no fuera que se toparan con los amos, y se iban derechos a la cocina donde sabían que encontrarían a Ángela, atareada con la comida, si no estaba en el corral o en el lavadero. Pero ella siempre estaba dispuesta a ofrecerles un poco de agua o un poco de vino a cambio de buena conversación y noticias frescas del pueblo. Ni siquiera le hacía falta acercarse a Vilafranca para enterarse de todo: si alguien tenía invitados en casa, si fulanito había caído enfermo, si alguna moza recién casada esperaba un hijo... de todo se informaba bien pronto la

masovera desde su pequeño reino de la cocina. Pobre muchacho, Siset. Y su madre... «Dios mío, qué tiempos que nos ha tocado vivir», se decía Ángela.

Bernat seguía contándoles los detalles del desastre causado por el bombardeo. Él estaba en el pueblo cuando sucedió y tan pronto como vio dónde caían las bombas se fue corriendo hacia Can Giner. La masovera daba gracias a Dios porque todo aquello hubiese ocurrido mientras Bernat todavía se encontraba allí de permiso a causa de un cambio de destino, pues él sabía cómo calmarlos, a pesar de todo. Días antes, les había contado que su siguiente destino era la costa de Tarragona. «Más cerca de casa que cuando estaba en el frente de Aragón», pensaba Ángela. Artillero lo habían hecho. Ángela no pudo evitar observar al antiguo mozo de Can Giner con el orgullo de una madre, pues aunque no lo había parido, bien que se había hecho cargo de él desde muy pequeño. Claro que luego se había marchado de ese modo incomprensible... Ella había pensado que lo tendrían para siempre en la masía, pero al cumplir los diecinueve les dijo que se iba a la ciudad a vivir con su hermano mayor. «Me ha conseguido trabajo en la misma fábrica donde está él, pagan bastante bien –les había anunciado a ella y a un Isidre igual de sorprendido–. Viviremos en el piso que comparte con más gente, un dormitorio para cada uno, en el Poble Sec.» La masovera se dijo entonces que debían de haberlo seducido los encantos de la vida en la ciudad de los que seguramente su hermano le hablaba en sus cartas... Habían tenido que conformarse, qué remedio. Aunque, eso sí, en cuanto llegó a sus oídos la desgracia del amo Giner cuando estalló la guerra, le había faltado tiempo para ir a ayudarlos. Sí, él siempre había sido como un hijo más para ella.

En el pueblo decían que harían falta muchas manos para limpiar el hierro, las piedras y travesaños que habían quedado destrozados. Bernat se lamentaba:

–Solo descombrar y allanar de nuevo el terreno nos llevará muchos días, y luego habrá que conseguir los materiales que haya que reponer.

Violeta escuchaba al antiguo mozo desde un rincón, sumida en sus pensamientos más íntimos. «Bernat, amor mío. ¿Cuántos días te quedarás por aquí? Pronto te irás y yo volveré a empezar a contar los días y las horas que me faltan para verte de nuevo. Cada mañana me despierto pensando en ti, si tú supieras... Cada anochecer me meto en la cama esperando que al día siguiente regreses a casa, aunque solo sea un ratito, solo para verte, para sentirte otra vez cerca de mí, para escuchar tu voz y admirar al hombre en el que te has convertido. Tú, que sabes quién eres y adónde vas; que no pudiste hacer nada por padre ni por el marido de Roser porque simplemente no estabas. ¡Ay, si hubieras estado aquí! Jamás habrías permitido que les hicieran nada, ¡tú no! Por lo menos volviste... Cuando estás aquí me siento segura, siento que veas por todos nosotros. Eres mi ángel, Bernat. ¿Por qué regresaste? ¿Por quién lo hiciste? ¿Por Ángela e Isidre? ¿O, tal vez, también lo hiciste por mí? Te amo, pero jamás te lo diré.»

Roser se había mantenido callada durante las explicaciones de Bernat, pero hubo un momento en que ya no pudo aguantarse más.

–Bernat, ¿cómo nos afectará a nosotros todo esto? –le preguntó.

Él la miró un instante antes de contestar.

–No sufras, mujer, vosotros no tenéis nada que ver con ello.

–Eso ya lo sé –repuso ella. Con solo mirar a su madre supo que le había contagiado la angustia. Sin embargo, tenía que insistir–: Es que... Me pregunto... ¿Crees que nos lo harán pagar?

Sabía que había sido imprudente, que podría haberlo hablado más tarde con él a solas y ahorrar al resto sus temores, pero necesitaba saberlo y cuanto antes mejor. Desde el momento en que vio que el vino se escurría por las grietas de las barricas, la última cosecha perdida, empezó a temerse la reacción de los hombres. Sabía que montarían en cólera y que, al no tener a nadie más con quien pagarlo, ellas podían convertirse en su objetivo. Porque ellas representaban para ellos el mal, la clase que querían aniquilar, los amos que no querían volver a tener; podían echarlas de su casa y Bernat ya no estaría allí para evitarlo, porque pronto volvería al frente. El antiguo mozo percibió la sombra del miedo que recorría los ojos de Roser, adivinó sus pensamientos y trató de ser contundente cuando le aseguró:

–Roser, no os harán nada; de eso me ocupo yo.

Entonces, se dirigió a todos y, en especial, a la señora Mercè, que se había llevado la mano al pecho y estrujaba su fino pañuelo.

–De Can Giner no os expulsará nadie –les reiteró.

La señora Mercè lo miró agradecida y soltó un débil suspiro. Hacía tiempo que había aprendido a confiar en él, pese a que nunca acabaría de acostumbrarse a que las tutease. Conocía las nuevas maneras del ejército republicano; todo el mundo era igual en esa nueva realidad; las clases habían dejado de existir... Pero la señora Mercè jamás se acostumbraría a ello.

–Dios te oiga, Bernat –le dijo.

LA SEÑORA MERCÈ guardó cama en los días siguientes. Ángela le subía un poco de caldo, aunque ella solía rechazarlo.

–Ay, Ángela, ¿qué diría mi esposo de todo esto? –se lamentaba. La masovera callaba, porque, de hecho, la

señora no esperaba respuesta alguna—. Si mi Ventura viera todo este desastre... —Miraba, entonces, hacia el rostro de Ángela y añadía—: Bien lleva razón tu marido cuando dice que este puñado de anarquistas no saben nada de la tierra. ¡Pobre Isidre! Quién le iba a decir que tendría que ver que otros trabajan las viñas.

—¡Y cómo tratan las cepas, señora! Si es que no saben... Son todos forasteros, ni del pueblo ni de cerca.

La señora Mercè seguía hablando como si no la oyera.

—Y ahora la bodega, Dios mío, si Ventura lo viese. ¿Cuánto va a durar todo esto, Ángela? ¿Cuánto más podremos aguantar?

La señora se lamentaba mientras Ángela le sostenía el plato con el caldo humeante.

—Presiento que Roser ya no puede más —continuaba la señora—. Cada día la veo más consumida, más delgada. ¿Y qué quieres? ¡Es mujer...! Ay, Angelita, qué falta nos hace Jan. —En momentos así la anciana se echaba a llorar, solo delante de Ángela, y rezaba—: Solo pido a Nuestro Señor que nos lo devuelva pronto, que me permita vivir para ver regresar a mi hijo y que recupere lo que es nuestro.

—TOME UN POCO más de caldo, señora, solo un poco, por lo que más quiera, o se pondrá enferma —le insistió Ángela.

—No tengo hambre —refunfuñó la señora.

—Hágalo por sus hijas; hágalo por Jan, para que cuando vuelva la vea bien fuerte y saludable.

La masovera procuraba decir todo esto con los ánimos de quien de veras lo cree, aunque, para sus adentros, pensaba: «Pobre mujer. La señora está más débil que nunca, más vieja, y eso que tenemos casi la misma edad; no es la misma desde que la guerra empezó; solo Jan puede sacarla de este estado; pero ¿cuánto tiempo más tendremos

que esperar? ¿Volverá algún día el heredero y recuperará realmente las tierras?». Había veces en que lo veía claro: eran los días en los que se levantaba con fuerzas y todo le parecía posible. Entonces, ella misma se convencía de que la familia Giner acabaría por recuperarlo todo y la vida volvería a ser... si no exactamente como antes, parecida; pero también estaban los otros días, aquellos en los que lo veía todo gris y el desánimo se apoderaba de ella. En esos días no había nada que hacer: se veía fuera de la finca, con un marido demasiado viejo para trabajar en ningún sitio y dos hijos para los que pronto serían una verdadera carga. Y la señora Mercè. Y las chicas Giner. Le venían a la mente las escenas más grotescas sobre el destino de aquellas mujeres a las que quería y había visto crecer. Todos estos pensamientos se los guardaba para sí, como siempre había hecho, más le valía sacar pecho y seguir adelante. ¿O acaso tenía ella tiempo para lamentaciones? Trabajo no le faltaba. Cada día se las arreglaba para dar de comer a todos, tanto y tan rico como le era posible, siempre en recuerdo de los buenos tiempos en que no faltaba de nada. Dedicaba mucho tiempo a esconder todo aquello que Bernat y Roser conseguían para los de casa, comida que debía llegarles para el largo invierno. Mientras tanto, Isidre se había hecho cargo de las pocas aves que quedaban en el corral y también le echaba una mano en el huerto. ¿Dónde se había visto un payés sin tierras que labrar? Aquellas tareas domésticas reservadas en otros tiempos a la masovera habían mantenido ocupado a su esposo, evitando así que se sumergiera en un pozo de tristeza.

«Los viejos tiempos», se dijo Ángela. No le costaba nada recordarlos. A menudo, se sorprendía a medio quehacer en la cocina, en el huerto o en el corral, sumida en aquellos días lejanos en que llegó a Can Giner: recién casada con Isidre, justo cumplidos los veinte años,

sintiéndose la chica más afortunada de la comarca, puesto que había conseguido casa, marido y trabajo a la vez. En aquellos primeros años había compartido techo con los dos hombres, únicos habitantes de la masía: uno, tan cercano, y el otro, el amo Ventura, tan lejano. Tenían gente a su servicio que iba y venía del pueblo, pero allí hacía falta una mujer que lo gobernara todo, y ella se volcó en ello, a la espera de que algún día llegase la futura dueña de la casa, la prometida de Bonaventura Giner. La primera vez que vio a la señora Mercè se quedó muy impresionada. Su esposo ya la había avisado de que era una señorita de Barcelona: «¡Una futura dueña de ciudad!», había exclamado asombrada. Porque ella jamás había pisado Barcelona, aunque en el pueblo sí había podido ver a ciertas damas, de esas estiradas, que lucían vestidos muy caros. Y, sin embargo, en cuanto vio a la señora Mercè, todas las demás se le antojaron poca cosa, puesto que ella era la más distinguida y sus ropas eran de lejos las más bonitas, y aquellos zapatos tan delicados..., nada apropiados para recorrer los viñedos. En toda su vida no había conocido mujer más hermosa, como tampoco había visto nunca unos cabellos pelirrojos tan primorosamente peinados. Aquel primer día, la señora Mercè llevaba una sombrilla blanca, de tela muy fina y transparente, con la que se protegía del sol; su piel era casi tan blanca como la sombrilla. Cuando se le acercó, justo al bajar del carruaje, la masovera no supo qué decirle, así que optó por quedarse callada mientras se frotaba nerviosa las manos. Su nueva señora la saludó con una acogedora sonrisa.

–Ángela, ¿verdad? –le preguntó.

Ella asintió con la cabeza y entonces la señora Mercè la agarró ligeramente por el brazo e hizo que ambas se apartaran un poco de los hombres.

–Tú y yo vamos a entendernos muy bien, Ángela –le dijo en tono confidente–. Creo que tendrás que ayudarme mucho... Yo no estoy nada acostumbrada a esto.

La masovera percibió entonces el discreto temor con que observaba los campos, y fue ese mismo gesto el que le inundó el corazón de bondad hacia su señora, pues de repente la vio tal como era: una muchacha joven, como ella, un poco asustada, un poco insegura por su futuro en un entorno desconocido. A pesar del abismo social que las separaba, ese día nació entre ambas una complicidad que se reforzaría con los años, un mutuo entendimiento fundado no tanto en palabras como en gestos y silencios bien comprendidos.

PARECIÓ QUE LA señora Mercè le leía el pensamiento cuando, recostada en la cama, deslizó una mano hacia la suya y le dijo:

–No sé qué haría sin todos vosotros, sin ti.

Ángela calló y al rato insistió:

–Un poco más, señora, solo un poco más de caldo.